

La estabilización de una tendencia arquitectónica en un estilo, requiere la previa estabilización de los factores básicos del mismo. En nuestros días, los materiales, las técnicas, las ideas, los dogmas y las críticas cambian rápidamente, evolucionan con vertiginosa precipitación. Existe, pues, poca posibilidad de consolidación de un estilo. Incluso creo que han estallado los moldes y los recipientes del concepto de estilo arquitectónico; y no parece que pueda volverse a un estilo estabilizado en mucho tiempo. (Sería preciso para ello que el progreso técnico se detuviera; por ejemplo, bajo los efectos de una catástrofe mundial. Un par de generaciones de arquitectos que hubieran de contentarse con elementos técnicos reducidos, llegarían tal vez a crear un estilo). El concepto de estilo sólo puede tener, hoy, un contenido histórico: «estilo gótico», «estilo modernista». Pero «estilo de hoy» no tiene sentido. El concepto de nuevo o futuro es atávico; sobrevive en nuestras mentes y se parece mucho a un peso muerto. Hay que acostumbrarse a la agilidad. No sólo porque los materiales y las técnicas proliferan, sino porque los materiales y las técnicas precedentes persisten. El arquitecto contemporáneo se distingue del antiguo en que tiene mucho, muchísimo, entre qué escoger, a partir de la piedra de la Prehistoria. Además, no olvidemos que — fenómeno característico del mundo moderno — no se da hoy un tipo espiritual único de «clientes», ni mucho menos. Muchas «civilizaciones» o «culturas» coexisten a nuestro alrededor. Yo mismo pertenezco a varias épocas. Así, pues, ni en lo material ni en lo inmaterial resulta posible la fórmula arquitectónica única. La libertad es obligada; ya no como ideal, sino propiamente como fatalidad. A falta de estilo único, la libertad arquitectónica da lugar a un complejo «vivo», de tendencias, de modas, en lo técnico, en lo artístico y en lo humano, cuya armonía subyacente así como cuyos contrastes aparecen, dan el tono a nuestra época. Y con esto debemos contentarnos, porque es lo nuestro, lo propio de la juventud de nuestro mundo.

El año pasado, CUADERNOS DE ARQUITECTURA publicó unas notas inteligentes y oportunas sobre el tema «¿Crisis o continuidad?» Su autor procuró mantener en su texto el tono de pregunta. Pero expuso con habilidad y sinceridad una serie tan completa de puntos de vista y de posibles soluciones, que la disyuntiva planteada en el título dejó casi de serlo en el texto. Había una respuesta implícita, que podía entenderse así: hay una crisis y hay continuidad en arquitectura moderna. El movimiento arquitectónico moderno «es» en efecto crisis y continuidad a un tiempo. «Es» una crisis que continúa. En cuanto dejase de ser crisis continua, dejaría de ser «movimiento arquitectónico moderno». El debate incesante es inevitable, necesario, y, necesariamente, no ha de tener conclusión.

En todo caso, lo más importante es que la juventud no se descorazone. Su inconformismo es imprescindible si la Arquitectura ha de vivir. Evitemos todo comentario deprimente que detenga a la juventud y la confunda. La idea de que exista una «vanguardia» ha de ser mantenida. Especialmente ha de huirse de establecer posiciones «de vanguardia» con pretensiones de «academia».

Los jóvenes pueden librarse con facilidad de la «academia» de «ayer». Lo temible para ellos es la «academia» de hoy o de mañana, con pretensiones dogmáticas definitivas. La juventud penetra en ella creyendo buscar y hallar una «salida». En realidad penetra en una «jaula». Es necesario que los jóvenes (y, si ellos no, los no-jóvenes) exploren nuevos caminos; sobre todo los caminos que no están de moda. Tal vez el de Roma (pero todos los caminos pueden llevar a ella).

Como sabemos, cierto «racionalismo» es a menudo «falso racionalismo». Hace más de un siglo (tengo a la vista una referencia al «rational style» de *The Builder*, 1843) que se viene erigiendo en «razón» lo que muchas veces no pasa de ser tendencia o inclinación del gusto personal. Más de una forma o disposición de los edificios típicamente «funcionalistas» no tuvo base racional pura. Recuerdo que, ya en su época, discutí las barandillas de tubos horizontales en los balcones funcionalistas. Aquella disposición horizontal permitía que los niños trepasen por la barandilla, con peligro de caída a la calle. Eran, pues, barandillas «irracionales», no barandillas funcionales. La horizontalidad de los tubos en aquellos edificios era hija del deseo de acentuar la horizontalidad. Fue, pues, cosa de estética y no de función.

En la evolución rapidísima de las técnicas y de los materiales de la Arquitectura, ciertas formas modernas interesantes, útiles hoy, tal vez bellas, llevan el sello de lo efímero: se sabe que muy pronto otras cosas «más modernas» las van a arrinconar. Es lícito, sobre todo en países de poca fuerza económica, que un cliente privado u oficial tienda a preferir las formas, las técnicas y los materiales que ofrezcan más garantías de «ser modernas» durante un tiempo más largo. Hay un «gusto perdurable» y hay unos «gustos perecederos», o al menos, una presunción de unos y otros. Quien quiera ser constantemente «moderno» ha de cambiar — por definición. Si piensa no poder cambiar, mejor que no presuma de «tan moderno».

Resultan melancólicos los esfuerzos que se gastan en querer imponer, en un país insuficientemente desarrollado, soluciones arquitectónicas «modernas», que el progreso ya ha dejado atrás en los países más adelantados. El auténtico «arquitecto progresista» tiene que trabajar junto al manantial de que surgen los más recientes adelantos técnicos. Sin embargo, melancólicos o no, aquellos esfuerzos son meritorios.

Yo mismo he empleado en sentido peyorativo las palabras «eclecticismo» y «decorativismo». Y muchos otros han hecho lo propio. Uno se pregunta ¿por qué? Elegir es obligado, también en Arquitectura. Se nos ofrecen opciones. Hay que pensar en un fun-

cionalismo polivalente, hay que optar. Nuestro arte es optativo... En cuanto al «decorativismo», ser partidario de la decoración, parece legítimo, aunque uno haga personales reservas sobre los límites de la cosa.

•

Si todos los arquitectos jóvenes se van a Escandinavia y abandonan el estudio y la práctica de los estilos antiguos, los arquitectos de edad avanzada, que conocen esa práctica, salen ganando. No tienen competidores. El desdén de los jóvenes por el neoclásico, el gótico, etc. ofrece un «seguro» a los arquitectos viejos, que, en sus últimos años, hubieran tenido que temer normalmente la competencia victoriosa de la juventud. Además, si nadie entiende en estilos antiguos, ¿quién va a proseguir la nueva construcción del «Barrio gótico»?

•

El funcionalismo, en su esencia racional estricta, no puede ser encerrado en un estilo. Ello equivaldría a disminuir, a empequeñecer el funcionalismo. Una base racional, matemática, pitagórica, no puede ser patrimonio exclusivo de una familia determinada de formas arquitectónicas. Hablo, no de un «frío racionalismo», sino de una «ardiente razón». La racionalidad es fuerza creativa, condición constante, de todas las grandes expresiones de la verdad arquitectónica.

•

En una arquitectura latina viva y renovante, el postulado debería de ser, como en la antigüedad, «la forma impera», «la estructura sirve». Este postulado ¿se opone a la racionalidad creativa? Tal vez no.

•

Cuando un arquitecto se propone continuar la vida del «clásico vivo», es obvio que se evade de la vieja academia que había cristalizado las formas en fórmulas. Este arquitecto, continuador de la vida del «clásico vivo», innovará, tendrá su propia «aventura». (Para él, el mármol pentélico no ha dicho todavía su última palabra.) El arquitecto moderno que copia «lo moderno» y que ha llegado a aceptar unas fórmulas que cree permanentes, en realidad se rehusa a la aventura.

•

En la disputa entre abstractos y figurativos, creo que podemos clasificar la Arquitectura como abstracta. Nosotros los arquitectos no nos proponemos ni la figuración de un cuerpo humano, ni la naturaleza muerta ni la de un paisaje. (Es cierto que se han dado casos raros de edificios-gruta, así como de otros edificios en que se quiso imitar a un barco, o al menos el puente de un barco; pero...) Tal vez los extremistas del arte abstracto pretenderán que son «figurativos» los arquitectos que «copian» los órdenes clásicos. Entonces también serían «figurativos» los arquitectos que — que como el caso se da — «copian», o imitan, obras de arquitectura contemporánea. No creo que sea así. Repito: La

arquitectura no tiene como fin la «figuración» de objetos concretos. Claro que como todo arte abstracto, el del arquitecto crea objetos concretos; como el pintor abstracto, quiéralo o no, produce un cuadro que constituye un objeto concreto; un objeto concreto que puede ser copiado «figurativamente» por otro pintor, figurativo éste, que introduzca el tal cuadro abstracto en un «interior» que él pinte. Asimismo, un edificio concepción abstracta de la Arquitectura puede ser tomado por modelo, en un paisaje suburbano, por un pintor figurativo y pasar así a representar un papel en calidad de objeto concreto, en una figuración propia del arte «concreto».

•

Hay que contar con la intervención creciente de los cerebros electrónicos en la elaboración de proyectos de Arquitectura. Un robot-arquitecto hallará, en cada caso, la respuesta óptima en favor de otra solución inspirada por una oscura inclinación personal, orgánica o no orgánica. No podemos prever exactamente cuál será el papel del arquitecto proyectista en la era electrónica. Es posible que la reacción actual contra el funcionalismo «exagerado», representa una actitud previa de defensa ante el avance de la técnica electrónica de discriminación y de elección de soluciones y formas de los edificios. En algunos casos, al menos, la batalla parece destinada a ser ganada por el robot. Por ejemplo, para un esquema urbanístico, basado en unos datos técnicos, económicos y aun «humanos», perfectamente definidos, sobre un terreno de pendiente regular, el cerebro electrónico habrá de encontrar la solución inatacable, tanto en el trazado urbanístico como en el de los edificios. Incluso — ¿por qué no? — los colores de los revestimientos exteriores serán escogidos por el robot, en función de los datos técnicos e higiénicos que le hayan sido suministrados. Los informes de los arquitectos oficiales tendrán que ser favorables a la solución electrónica. Si las casas de Ensanche Cerdá hubieran sido edificadas todas ellas por arquitectos-robot parece seguro que las soluciones hubieran sido una sola para todas y cada una de las manzanas. Cada casa, situada en cada uno de los emplazamientos en el perímetro de la manzana, habría tenido una solución propia, pero también válida para iguales emplazamientos en todas y cada una de las manzanas del Ensanche. Ello puede agradar o desagradar. En el fondo, el funcionalismo estrictamente puro y racional se proponía pensar el edificio en función de datos también estrictos, y encontrar racionalmente una solución pura. En este propósito reside precisamente la fuerza y la grandeza del funcionalismo. Lo que ha pasado es que el cerebro del arquitecto-hombre no tiene la capacidad de elección y de síntesis, que tiene casi instantáneamente el robot electrónico. Queda por saber si la obra de este último se beneficiará de la famosa belleza que, en teoría funcionalista, ha de ser inherente a la solución funcional pura. Es posible que pueda proporcionar al cerebro electrónico datos de orden estético. No sé, pero, en tal caso, difícilmente podrán dejar de ser datos *standard*...; sí, es posible que también puedan ser de gusto personal. En el suministro de datos, parece que pueda sobrevivir la libertad de escogerlos. ¿Quedará en esto un papel a representar por el arquitecto de mañana? Seamos optimistas. (Pero no olvidemos que un cerebro electrónico, convenientemente «preguntado», podrá dar una solución Palladio.)